



CENTRO DE REFLEXIÓN EN POLÍTICA INTERNACIONAL

Análisis de coyuntura

Año 2019 / Mes: octubre / Nº 14

El Centro de Reflexión en Política Internacional fue creado en 1995 y tiene como objetivos principales: promover e impulsar una instancia de análisis, discusión y seguimiento de la política internacional argentina, analizada en sus diversas fases pasadas, presentes y futuras; y constituir un ámbito de capacitación, actualización y producción académica en Política Exterior Argentina.

Sobre identidades y crisis regionales

Mg. Victoria Zapata¹

Los recientes acontecimientos acaecidos en nuestra región motivaron la reflexión de estas líneas con la intención, al menos inicial, de considerar sus orígenes y establecer algunas variables que han sido determinantes para su establecimiento. Ello desde una perspectiva post estructuralista, según la cual los discursos son productores de sentido y hacedores de las identidades. Esto es, las identidades en pugna resultan un elemento clave para comprender el sentido y alcance de las políticas en la región.

La premisa básica del abordaje constructivista es que los seres humanos viven en un mundo que construyen, en el cual son protagonistas principales, que es producto de sus propias decisiones. Este mundo, en construcción permanente, es constituido por lo que los constructivistas llaman “agentes”. El mundo entonces es socialmente construido. Para Finnemore y Sikkink (2001, p. 392), el constructivismo en Relaciones Internacionales implica que: (a) las relaciones humanas, también las relaciones internacionales, esencialmente consisten en pensamientos e ideas y no en fuerzas o condiciones

¹ Mg. en Relaciones Internacionales (IRI, UNLP). Investigadora Cerpi, IRI, UNLP. Directora de la Lic. en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UCALP).

materiales; (b) las creencias intersubjetivas (ideas, conceptos, suposiciones, etc.) comunes constituyen el elemento ideológico central para el enfoque constructivista; (c) esta creencia común compone y expresa los intereses y las identidades de las personas, el modo en que conciben sus relaciones; (d) los constructivistas destacan la manera en la cual se forman y expresan estas relaciones.

El mundo social por lo tanto es un dominio intersubjetivo, es decir, posee significados para las personas que le dan forma y viven en él (Jackson y Sorensen 2007, p. 342). Lo más importante entonces es que las identidades, los intereses y el comportamiento de los agentes políticos son construidos socialmente por los significados colectivos, interpretaciones estimadas de y en el mundo en que viven. ¿Pero cuál es la identidad primigenia que contiene esas interpretaciones?

Si bien el concepto “identidad” tiene una larga historia como término técnico en la filosofía occidental y no es el sentido de este escrito debatir su implementación efectiva, si diremos que la identidad es a la vez una categoría de la práctica y una categoría de análisis². La mera utilización de un término como una categoría de la práctica, por cierto, no la descalifica como una categoría de análisis. El problema es que al utilizarse de este modo una buena cantidad de tiempo más o menos similar al que se la utiliza en la práctica de una u otra forma, implícita o explícitamente, se cosifica su sentido. Identidad puede significar demasiado (cuando se entiende en un sentido fuerte), poco (en un sentido débil), o nada en absoluto (debido a su ambigüedad).

La incorporación de la cuestión de la identidad estatal en el ámbito de las Relaciones Internacionales, como centro de teorizaciones, fue obra de autores pertenecientes a la llamada corriente constructivista. Corriente que ha sostenido que las identidades estatales y los intereses son, en gran parte, construidos por las estructuras sociales inter-subjetivas del sistema de estados, en vez de dados exógenamente al sistema por la naturaleza humana o la política doméstica (Wendt, 1992, p. 385).

Cómo se erige ese núcleo teórico y primero de la identidad que luego será moldeado a través de la interacción social, permanece incierto. Pero es allí mismo, donde las relaciones de poder tienen un lugar central en la reificación de las identidades; ya que las identidades políticas y la forma que estas adoptan en la identidad estatal, se construyen principalmente a través del discurso político.

Al afirmar que las identidades son construcciones debemos mencionar de qué tipo, esto es: son construcciones derivadas de prácticas discursivas. Dicho de otra manera, en tanto práctica discursiva por excelencia, las identidades propias y ajenas se construyen a través del discurso. Entonces, se puede sostener que el campo de la formación de identidades, en tanto campo político por excelencia, es un campo eminentemente discursivo, pues las identidades son entes discursivos, es decir, que no existen más que en y a través del discurso.

Ahora bien, si el discurso se presenta como un dispositivo de actualización del poder, de allí se deduce que afirmar que las identidades son del plano de lo discursivo, no las deja exentas de participación en el ejercicio del poder, ni por tanto, de materialidad; por el contrario, si son las prácticas discursivas las que construyen identidades, éstas serán portadoras de efectos materiales, es decir, constructoras de realidad.

Según Laclau (2005) a través de la teoría general de la nominación encontramos que el agente social existe solamente en la medida en que él/ella es nominado. La política no es la expresión de intereses previamente establecidos o de la voluntad de un cierto grupo. De esta forma, Laclau reformula la teoría de la hegemonía como una teoría del acto de nominar: si la identidad de un grupo dado no puede derivarse de una base estable dentro de lo social (por ejemplo, la posición dentro de las rela-

² La introducción de identidad en el análisis social y su difusión inicial en las Ciencias Sociales y el discurso público tuvo lugar en los Estados Unidos en la década de 1960 (con algunas anticipaciones en la segunda mitad de la década de 1950). La más importante y mejor conocida trayectoria, implicaba la apropiación y divulgación de la obra de Erikson quien acuña el término “crisis de identidad”.

ciones de producción), sólo puede ser el resultado de un proceso de significación/articulación hegemónica; el grupo se mantiene unido a través del nombre que surja de ese proceso. Por lo tanto, el nombre “no expresa la unidad del grupo, pero se convierte en su base” (Laclau 2005, 231).

En esta línea se distinguen dos lógicas contrapuestas inherentes a toda articulación hegemónica: la lógica de la diferencia, que supone una expansión y complejización del espacio político y la lógica de la equivalencia, que es una lógica de la simplificación del espacio político; por ejemplo, la síntesis de dos identidades preexistentes que subvierten su carácter diferencial (Laclau y Mouffe, 2004).

En nuestro territorio fuimos testigos de políticas instauradas bajo la articulación de la lógica de equivalencia, con la ferviente decisión de introducir modificaciones sustantivas en la vida de los pueblos latinoamericanos. A la década perdida por la crisis de la deuda le sucedió la implantación de políticas sostenidas desde los postulados del Consenso de Washington, estableciendo en las elites gobernantes el sentir transformador de una identidad globalizadora, desarrollada, capitalista y liberal. En la homogeneización del complejo colectivo social y político latinoamericano, tradujeron prácticas exógenas en políticas que nada tenían de identitario en nuestra cultura. La promoción de los megamercados regionales tuvo su correlato en el regionalismo abierto descrito por Sanahuja, sosteniendo pautas de vinculación e identificación económicas. A las privatizaciones de empresas de servicios públicos, se le sumó una apertura indiscriminada de las economías regionales con la consecuente desarticulación de los términos de intercambio, deficiencias de balanzas comerciales y altos niveles de desproporción en la distribución de los ingresos. La realidad se construyó entonces con la premisa hegemónica de un futuro prometedor.

Sin embargo, las identidades en puja se reformularon dando cauce a un entramado político, social y cultural que colocó en el centro de la hegemonía regional una propuesta superadora, al menos inicialmente. Las crisis institucionales de principio de siglo manifestaron que la nominación de un regionalismo latinoamericano venía de la mano del sostenimiento de identidades colectivas, originarias, con un modelo propio de crecimiento. El significativo vacío se nominó como regionalismo post-liberal (Bouzas, da Motta Veiga y Ríos, 2007) dando paso a un nuevo rol transformador de lo político.

El correlato entre la experiencia regional y las características propias de los entramados políticos al interior de los estados, forjó en América Latina una nueva identidad común. Lo que Lánzaró (2008) entendió como el giro hacia agrupamientos progresistas en sentido amplio; una suerte de “ola”, con representaciones y nuevas composiciones populistas. La lógica de la diferencia complejiza el escenario regional dando lugar a expresiones diversas, altos grados de participación política y vinculación social.

Pero la tensión de las identidades en un proceso de globalización cuestionado en sus bases a través del discurso nacionalista, se introduce casi por primera vez en la región a través de las herramientas electorales sostenidas por la democracia. El mapa regional se tiñe y la articulación del poder hegemónico revierte avances significativos en el proceso colectivo. A las deficiencias de resultados económicos del ciclo progresista, le suceden elites de poder concentrado que atesoran un escenario internacional que no responde a la realidad discursiva. Una identidad regional que, en su complejidad, mantiene ambas lógicas de poder de equivalencia y diferencia en su seno.

Así, los avances de las identidades de derecha sudamericanas acompañaron la derechización de los países del norte global. La construcción del discurso bajo la premisa del odio anunció el final de la hegemonía multicultural progresista, haciéndose eco como expresión pública, condensadora y catalizadora del malestar popular.

El escenario regional actual muestra un laboratorio vivo donde se tensan el poder, la desigualdad y el secuestro de la democracia por las elites económicas. A los ejemplos donde el modelo identitario neoliberal había sido implementado de modo más “efectivo” le correspondieron las pujas inminentes de un sistema que no logra dar resultados colectivos.

La inestabilidad del gobierno peruano, que produce la fractura del poder político y culmina con la decisión del presidente Vizcarra de disolver el Parlamento el 30 de septiembre ante la negativa de firmar un paquete de medidas de reforma política donde la inmunidad parlamentaria es uno de los elementos centrales para el sostenimiento de una clase política concentrada.

La crisis ecuatoriana por su parte, cuenta con una construcción discursiva tendiente a identificar el reclamo genuino del pueblo frente a las medidas de Lenin Moreno como de “extremismo indígena”, desconociendo que la fuerza del movimiento indígena ha sido el baluarte capaz de torcer las consecuencias que otrora generaran paquetes de medidas de similar impacto para las clases sociales más desprotegidas. A su vez, dicho colectivo ha sabido construir una identificación con el movimiento estudiantil que fortalece el reclamo.

Sin embargo, la decisión de decretar el estado de excepción por 60 días y disponer la movilización de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional ecuatoriana, resignifican el rol de las herramientas de presión de los grupos dominantes, fuertemente securitizados.

A la quita de subsidios a los combustibles en Ecuador, se le sumó recientemente la medida del presidente chileno Piñera, de aumentar por sexta vez en su mandato el precio del transporte público. La reacción popular contra estas políticas se hizo patente en la movilización de estudiantes y movimientos sociales que en la capital chilena pujan por sostener la identidad de su reclamo. Así la Plaza Italia, Baquedano, límite simbólico que divide las clases sociales de Santiago de Chile, muestra los límites de la Concertación.

Estas resistencias en la región, así como otros elementos significativos de esta época (las medidas de Bolsonaro en Brasil, los límites a la transformación propuesta por Andrés López Obrador en México, la inestabilidad económica argentina profundizada en los resultados de las PASO, la controversia del resultado electoral de Morales en Bolivia luego de la interrupción del recuento de votos, etc) cuestionan por distintas vías al neoliberalismo post-globalizado como narrativa hegemónica, cuya identidad política anunciaba la llegada de una nueva derecha no-neoliberal transformadora (Menara Guizardi, 2019). Aunque sus consecuencias fueron, a la luz de los recientes acontecimientos, igualmente incompletas para resolver la compleja identidad regional.

“Apoyando irresponsablemente estos desenlaces, los medios de comunicación internacionales describen las recientes revueltas populares en Sudamérica como ‘insurrecciones desordenadas’, ‘irracionales’, ‘criminales’. Vaticinan, además, que son eventos violentos antidemocráticos que, por su ‘naturaleza’ caótica, tienden al fracaso. Insisten en personificar los desastres políticos regionales y los atribuyen a la impericia de ciertos políticos de derechas” (Menara Guizardi, 2019)

Como consecuencia: “La contrahegemonía al neoliberalismo aparece, una vez más, enmarcada en las reglas del Estado democrático, pero la respuesta de los poderes públicos manifestada en el despliegue del Ejército, la declaración del Estado de Excepción y el toque de queda constituye un intento de ruptura de este marco”.

Ante este escenario, la lógica de poder deberá sopesar la construcción de una identidad regional colectiva capaz de sostener lo que como proceso democrático ha costado tanto tiempo edificar.

Referencias Bibliográficas

- Bouzas, R., da Motta Veiga, P. y Ríos, S. (2007), “Crisis y perspectivas de la integración sudamericana”, en *Foreign Affairs en español*, v. 7, nº4, octubre-diciembre.
- Finnemore, M. y Sikkink, K. (2001). “Taking Stock: The Constructivist Research Program in International Relations and Comparative Politics”, *Annual Review of Political Science*, nº 4, pp. 392-416.

- Jackson, R. y Sorensen, G. (2007) *Introdução às Relações Internacionais*. Rio de Janeiro: Zahar Editora.
- Laclau, E. (1985) "Tesis acerca de la Forma Hegemónica de la Política" En Labastida, M. (ed.). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Laclau, E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lánzaro, J. (2008) "Gobiernos de izquierda en América Latina: entre el populismo y la social democracia" en *La izquierda en América Latina y Europa: nuevos procesos, nuevos dilemas. Análisis y Propuestas*, Friederich Ebert Stiftung
- Menara Lube Guizardi (2019), "El estallido en Sudamérica. El neoliberalismo en la encrucijada", en *Anfibia*, UNSAM. Disponible en: <http://revistaanfibia.com/ensayo/el-neoliberalismo-en-su-encrucijada/>
- Sanchez, L.E. y Zapata V. (2014) "Una visión postestructuralista de la política exterior peronista. Las fuentes internas de su identidad", *Revista CONfines*, Año 10, N° 20 | agosto-diciembre | pp. 91-116.
- Wendt, A. (1992) "Anarchy is What Sates Make of it: The Social Construction of Power Politics" En *International Organization*, vol. 46, nº 2, pp. 391-426.